

# La audacia suplantada

Julián Etienne

Todas las mañanas padezco los estragos causados por el plantón del PRD. Duplicada la duración del trayecto que recorro créanme que no lo tomo a la ligera. Personas hay que miden su constitución física y moral sometiendo el cuerpo a las más arduas pruebas atléticas. A mi me gusta pensar que al cruzar de ida y de vuelta Reforma pongo a mi prueba mi constitución democrática.

Podrán compararme con los trastornados que encuentran placentero medir su umbral de dolor, aunque no es el caso. Como ciudadanos “demócratas” nos parecemos a la gente que expresa respeto hacia las minorías sexuales, pero se desquicia cuando presencia cualquier manifestación pública de afecto entre homosexuales: nada más fácil que proclamarse pluralista cuando las circunstancias no se enfrentan a nuestras propias preferencias.

He dicho ya cuanto me sorprende la inusitada indignación contra AMLO y sus seguidores. Sentir ofensa ante un estado de cosas ha motivado loables iniciativas cívicas y políticas, pero no puedo evitar distinguir cierto sesgo clasista contra los hechos de las últimas semanas. No recuerdo que los capitalinos se crisparan de manera semejante cuando los universitarios cerraron el acceso oriente a la Ciudad de México. ¿A quién le importa Iztapalapa?

Lo anterior viene a cuenta porque hace unos días visité el campamento contra el plantón perredista que unos jóvenes del partido Alternativa instalaron. Su postura es unívoca: defienden el derecho de libre expresión y al mismo tiempo el de “libre tránsito”. Por ello han puesto sus casa de campaña sobre el andador de Reforma a la altura del IMSS. Además, montaron un tendedero donde la gente anuda listones para expresar su protesta y crearon un “espacio de diálogo” donde discuten con sus vecinos perredistas y exponen sin estridencias sus argumentos a los peatones que se lo demandan. Es ingenuo esperar que los ciudadanos imitaran su actitud pero, ¿qué decir de la clase política?

La diferencia entre los jóvenes dirigentes de Alternativa y los dirigentes de otros partidos se encuentra en su genuino respeto a las instituciones. No entiendo por qué nadie se escandaliza cuando Manuel Espino se refiere al candidato panista como presidente electo. O cuando el propio Calderón utiliza un vinil con la imagen corporativa del sexenio que, asume, administrará.

Mi opinión no es un espaldarazo a la estrategia del PRD. De hecho, considero que está equivocada. La idea del plantón es absurda, como si ante una jugada polémica los futbolistas de un equipo presionaran al público y no al árbitro. Sin embargo, los errores se encuentran en su misma concepción. Gerardo Fernández Noroña explicó que la Convención Nacional Democrática es un paso de la resistencia a la desobediencia civil. Andrés Lajous, de Alternativa, lo ha dicho bien. No es posible enmarcar como desobediencia a las acciones financiadas por un órgano de gobierno (en este caso el D.F). Y tampoco si sus perpetradores se rehúsan a ser arrestados. Ninguno de los seguidores de AMLO está dispuesto a pisar la cárcel por violar la ley. De hecho, anatematizan a cualquier autoridad que intente hacerla cumplir. Me recuerdan a un grupo guerrillero chiapaneco que acusó al Estado mexicano de encabezar una guerra, ¡contra ellos!

La movilización post electoral del PRD acusa los mismos defectos que la campaña de AMLO: su diseño y operación está centralizada, sus organizadores mantienen pésima relación con la prensa y los actos programados son de autoconsumo, es decir, no están pensados para ampliar la base de apoyo. La audacia característica de AMLO ha sido suplantada por una conducta temeraria. Todos los cruzados pensaron que tenían al Bien de su lado. Pero ninguno de ellos recuperó Jerusalén.

*Publicado el viernes 18 de octubre de 2006*